

mo es característico en toda una línea de interpretación, problemas y resultados de lógica, de filosofía de la ciencia y de posiciones filosóficas que estrictamente no pertenecen a aquella vertiente del pensamiento contemporáneo, lo cual probablemente sea la causa de la extensión de la serie de antologías. Debemos señalar a modo de ejemplo del tratamiento de un tema lateral —el de mente-cuerpo— que se identifica la teoría de la identidad con la del doble lenguaje, característica de una primera etapa de Feigl pero para nada de su “The mental and the physical”, que es la obra citada al respecto. No se entiende bien la inclusión del texto de Lazewitz, cuando Muguerza lo evalúa como una imagen puramente convencional de Wittgenstein. Con todo, dos ejemplos como éstos no invalidan una presentación como la de Muguerza, que posee aspectos claramente valiosos; por ejemplo, su discusión de los autores representados por los textos incluidos en la antología.

Merecería considerar atentamente las apreciaciones suyas acerca de la filosofía en España. Posee interés fuera de esas fronteras su tratamiento de si existe una filosofía *española*. Pero además “Esplendor y miseria” revela aspectos de consideración acerca del poco esplendor y de la mucha miseria de la filosofía oficial española a través de la cual un régimen intenta expresarse y más aún acallar todas las expresiones discrepantes. Por eso la dedicatoria a sus compañeros de la Universidad de Madrid “destinatarios de una nueva bienaventuranza: la de los que sufren persecución por mor de la filosofía (no precisamente analítica), dando así testimonio de su vitalidad”, es el índice de una persecución por un mor no sólo filosófico. Más amplio en la propia España pero no sólo en ella.

Sin embargo, sus argumentos acerca de la función que puede cumplir la filosofía analítica en esta situación no puede considerarse para nada satisfactoria por más que la entienda como aliada objetiva del marxismo en su lucha contra la filosofía oficial. Y no puede entenderse así porque apenas esboza una argumentación respecto a sus posibles contradicciones o puntos de contacto.

Hemos querido señalar algunos elementos que de algún modo empañan un trabajo de compilación y de análisis que de todos modos es útil en nuestro idioma. Esfuerzos de ese tipo también en español pero conducidos de un modo más especializado se han concretado en obras de real valía y para nada reducidos a ser una presentación panorámica para el lector de esta lengua. De cualquier modo estas primeras *Lecturas de Filosofía analítica* son útiles y su empleo muy recomendable.

MARIO H. OTERO

*La República*. Platón, versión castellana, introducción y notas de Antonio Gómez Robledo, Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1971.

Antes que jurista e historiador de la filosofía, Antonio Gómez Robledo es un humanista. En sus estudios de derecho internacional y de historia de la filosofía hay siempre un segundo plano de interés por el hombre, que recorta el horizonte de los temas y jerarquiza su valoración. Gómez Robledo entiende el humanismo en una acepción muy amplia. Ella es a la vez reflexión metafí-

sica sobre lo eterno en el hombre y atención dinámica al flujo de la historia. Sus estudios sobre los diversos aspectos culturales de la época grecolatina son numerosos. Se ha fijado también con deleitosa complacencia en algunas cumbres del humanismo cristiano. Su monografía última sobre *Dante Alighieri y su tiempo* (*Memoria de El Colegio Nacional*, México, 1972) es fruto de esta dedicación amorosa. También le han atraído algunos humanistas del Renacimiento, sobre todo en sus manifestaciones italianas y mexicanas. Recordemos, por ejemplo, sus investigaciones sobre Scaligero.

Ni siquiera se ha desprecupado de los representantes del humanismo actual en sus más exóticas manifestaciones. Paralelo al grupo de humanistas europeos de la primera mitad de nuestro siglo (E. R. Curtius, Hoffmansthal, Borchardt, Ch. Dubos, T. S. Eliot) coexistió en México un devoto cenáculo de poetas y filósofos, presidido por Alfonso Méndez Plancarte, en el que la lectura de Horacio y de Virgilio se simultaneaba con el interés por los más variados exponentes de la literatura moderna. En este delicioso ambiente se formó nuestro joven estudiante de humanidades, filosofía y derecho y así no hay que extrañarse de que su fervor por la cultura clásica corra parejas con las más recientes manifestaciones del arte y de la literatura.

Gómez Robledo es un humanista cristiano. El trasfondo metafísico de sus estudios jurídicos o literarios más que la filosofía clásica, platónico-aristotélica, lo forman las verdades sobrenaturales y salvíficas que Cristo anunció al mundo. Sin embargo, no es a nivel teológico como el escritor mexicano aborda los temas del humanismo, sino más bien en la sobrehaz fenomenológica de la cultura. Es este plano cultural al que él expresamente atiende y desde el cual de-

cide el alcance mayor o menor de cada época histórica. Desde este punto de vista estima Gómez Robledo que ha habido una época más decisiva que todas las otras en la manera de concebir al hombre y en las expresiones culturales a que dio lugar. Tal época no es la cultura clásica, griega y latina, en general, sino un corto periodo de ella, representado por las tres figuras de Sócrates, Platón y Aristóteles.

Durante sus Embajadas en la ONU, en Brasil y en Ginebra, Gómez Robledo dedicó su curiosidad intelectual a las expresiones humanísticas de la modernidad clásica y aun a los proyectos o configuraciones literarias de un humanismo totalmente nuevo, que con perfiles más o menos borrosos se dibujaba acá y allá. Sobre diversos aspectos de la modernidad y de los problemas antropológicos actuales versaron entonces sus publicaciones. Pero ya entonces podía advertirse que el paradigma latente de sus ideales jurídicos y de sus estimaciones estéticas no era otro que el de la grecidad clásica.

Nombrado para la Embajada de su país en Roma, el diplomático mexicano consideró este puesto como la cumbre no sólo de su carrera profesional, sino también como el ambiente más propicio para el desarrollo de sus planes intelectuales, de aquellos precisamente que por más largo tiempo había acariciado y aún no había podido realizar. Aun no prescindiendo en absoluto de otros temas, sobre todo italianos (Dante, Machiavelli, etc.), la ocupación principal del Embajador Gómez Robledo durante sus cinco años romanos fue el estudio de la época clásica griega y de sus tres figuras prominentes, Sócrates, Platón y Aristóteles. Prescindiendo del último, cuyo influjo está presente en casi todos sus trabajos anteriores, hemos presentado ya en esta revista la monografía que

el Embajador mexicano dedicó a Sócrates (*Sócrates y el socratismo*, 1970) y pronto tendremos ocasión de hablar de una obra de más alto velamen, cuyo tema es la *Vida y escritos* de Platón, próxima a publicarse. Ambas son fruto de largas horas de estudio y meditación mientras su autor vivía en Roma.

Ahora queremos solamente reseñar con la brevedad posible otro libro robleadiano —que también fue compuesto en Roma— y es la traducción española de la *República* de Platón. Editada en 1971 por la Universidad Nacional Autónoma de México e insertada en la *Bibliotheca scriptorum graecorum et romanorum mexicana*, la nueva traducción platónica es un índice más del alto nivel humanístico en que se están poniendo algunas naciones del Nuevo Mundo. El cuerpo central de la obra lo forman obviamente el texto griego de Platón y la traducción hispana de Gómez Robledo. Sucesivos pares de páginas (cerca de 400) correspondientes entre sí ofrecen simultáneamente el texto original y el texto traducido. No se puede negar que la realización en esta parte central ha sido casi perfecta. Raros son los errores tipográficos que se observan en uno y otro texto.

Precede a la obra platónica y a su versión española una magnífica introducción del traductor y se añade al final del libro un copioso índice de notas que aclaran o ilustran los pasos más oscuros. Es en la introducción y en las notas —a pesar de las erratas e inexactitudes que sobre todo en la transcripción de palabras griegas se han deslizado— donde más de cerca se advierte el asombroso conocimiento que no sólo de Platón, sino de toda la cultura helénica posee Gómez Robledo.

El mérito principal de la obra reside, sin embargo, en la traducción. La múltiple historia de las versiones de Platón

a las lenguas modernas ha demostrado una y otra vez que traducir al eximio filósofo antiguo en idiomas modernos no es una empresa fácil. Supuesta la excepcional preparación de Gómez Robledo todo hacía esperar que, a pesar de las dificultades, un éxito feliz coronaría sus esfuerzos. Y así ha sido.

No vamos a señalar aquí todas las cualidades de que ha dado muestra el mexicano en su actividad traductora. Nos basta con aludir a una que en cierto modo vale por todas y es la de haber logrado hacer inteligible el pensamiento antiguo de Platón en la lengua española actual.

Prescindiendo de las traducciones árabes, las primeras versiones de Platón que se hicieron en Occidente, cuando ya el griego se había olvidado, fueron en lengua latina. Gracias a ellas la pervivencia y sobre todo el benéfico influjo de Platón no se interrumpieron nunca del todo a lo largo de la Edad Media. Marsilio Ficino en el Renacimiento coronaría todos estos ininterrumpidos tanteos medievales con su traducción latina clásica que perennizaría en el más exquisito y cadencioso latín los rasgos señoriales del más alto filósofo de la tierra. Es verdad que el más puro latín y mucho menos el de la elegancia clásica, no traduce con toda exactitud y en toda su llenumbre conceptual los correspondientes términos griegos, pero en el ambiente cultural renacentista, teniendo en cuenta que todos más o menos conocían ambas lenguas, las deficiencias de la traducción, inherentes al latín, podían suplirse de alguna manera con el ambiente intelectual en que todos los humanistas espiritualmente respiraban.

Las cosas cambiaron con el nuevo rumbo que la historia fue tomando en los siglos modernos. El programa de la formación humana se fue enriquecien-

do con los nuevos intereses que la ciencia, la filosofía y las literaturas nacionales suscitaban por doquier. El hombre europeo se fue desentendiendo cada vez más del mundo clásico antiguo y sus lenguas, vehículo antes de su cultura y de sus pensamientos, se le fueron haciendo paulatinamente menos familiares. Con ello el contacto con los grandes maestros de Grecia y Roma se le iba haciendo también menos accesible. No hubo más remedio, para evitar una ruptura culturalmente desastrosa, que presentar a los autores antiguos en las lenguas modernas en que todos, aun los cultos, se expresaban.

Las traducciones modernas de Platón y de los otros maestros de la antigüedad salvaron del naufragio la tradición humanista europea, pero no restablecieron el diálogo íntimo y vivificador con la cultura antigua que todavía los medievales y los renacentistas habían sostenido. Ello se debió en parte a que las nuevas traducciones vernáculas habiendo logrado su empeño en todos los aspectos menos importantes de la obra original (el descriptivo, el anecdótico, el poético), no lo lograron del mismo modo en las partes esenciales. Es decir, no consiguieron sacar a flor de tierra toda la profundidad y riqueza de las ideas fundamentales sobre las que el hombre antiguo cimentó su concepción del mundo. Por una especie de rutina culturalista y de pereza mental se contentaron en esto con una mera traducción literal de las expresiones latinas con que Marsilio Ficino y sus predecesores y sucesores habían acuñado las expresiones griegas. Parejo lastre de lexicografía latina y clásica convirtió a los escritores de la antigüedad en seres cada vez más inaccesibles y cada vez más impenetrables. Platón y todos los demás griegos y latinos se iban alejando

irremediamente del hombre moderno. Al fin se reparó en la necesidad urgente de hacer un esfuerzo adecuado, para evitar el peligro de una ruptura, esta vez más seria, con los orígenes de la cultura occidental. El esfuerzo se hizo y tenemos que decir que se hizo felizmente. La nueva filosofía de los últimos años del siglo XIX y primera parte del XX es acreedora del resultado. No son los nuevos filósofos tan numerosos como los humanistas del Renacimiento ni tienen la dicha de vivir en un ambiente tan impregnado de clasicismo, pero conocen, indudablemente con más exactitud científica, la historia y las lenguas de la antigüedad. Pertrechados con estas ciencias auxiliares han hecho ellos mismos o han contribuido a que se hagan en casi todas las lenguas europeas modernas excelentes traducciones de los principales autores antiguos. Sobre Platón, en concreto, existen hoy en muchas lenguas traducciones, que dentro de los límites de toda traducción, hacen al Padre de la filosofía occidental suficientemente inteligible.

Gómez Robledo ha realizado su traducción española después de los resultados, que acabamos de mencionar, conseguidos en otras lenguas. De todos ellos se ha beneficiado el y en parte a ellos se debe su gran éxito de haber hecho hablar a Platón en lengua española y de haber vestido en nuestro romance el inmarchitable espíritu del gigante antiguo. Pero no hay que atribuir demasiada importancia en este logro a la buena oportunidad. Más que ésta, los factores del éxito han sido los esfuerzos sabiamente planeados con que el traductor ha llevado a cabo su obra.

El método de Gómez Robledo en su faena traductora ha consistido en un viaje de ida y en un viaje de vuelta. Primero él ha ido a Platón y después ha

hecho que Platón viniese a él. Desandando la historia de las traducciones no ha parado en su primer viaje hasta encontrarse, espíritu con espíritu, con el mismo autor del texto original. No con Platón, pero sí con su texto escrito ha convivido Gómez Robledo durante varios años. Y aunque el mismo Platón haya subrayado alguna vez, con evidente exageración, la insuficiencia de la mera expresión escrita para captar en su plenitud el pensamiento vivo de un autor, también él reconocía que la exigencia del autor vivo era un idealismo imposible, al que era preciso renunciar. El texto escrito es aún una presencia viva de quien lo escribió. Platón mismo no se puso en contacto vivo con Homero y con los escritores griegos anteriores a él sino a través de la fijación escrita. El hombre occidental se siente feliz de poder conversar todavía con el mismo Platón y de esta felicidad estudiosa, que antes era lo mismo que amorosa, ha disfrutado durante varios años el platónico mexicano Antonio Gómez Robledo.

No ha sido la suya una felicidad meramente pasiva y egoísta, sino una actividad gozosa de desentrañar profundidades y descubrir nuevos hallazgos. Un prefijo, un sufijo, los centelleos fugaces de una etimología arcaica, la terminología auroral de casi todos los nuevos conceptos filosóficos y civiles le han obligado durante años a vivir en una extremada tensión mental, frutiva sí, pero también extenua. Porque lo que en su contacto íntimo con Platón pretendía Gómez Robledo era arrancar al gran filósofo, en cuanto fuese posible, todos los secretos profundos de su mensaje escrito. Sólo así podría gloriarse su tradición de presentar con suficiente integridad y fidelidad el pensamiento platónico.

No lo hubiera logrado, si no hubiera completado su viaje de ida con el viaje

de vuelta. Es decir, si además de ir él a Platón y comprenderle no hubiese conseguido que Platón viniese a él y se hiciese comprensible a los demás. Para ello Platón no debía ser tan refractario que no se dejase traducir en un español completamente actual y moderno, sin frases gastadas por el uso ni términos de desvaída significación neutral. Debido tal vez al amor inteligente con que el mexicano ha realizado su obra, Platón no solamente le ha permitido conversar con él en griego, sino que ha consentido dejarse traducir íntegro al español, poniéndose en una actitud disponible para que los españoles e hispano-americanos de hoy entablen un diálogo vivaz y comprensivo con él.

En esto se cifra el valor de la traducción platónica de Robledo y la inestimable aportación cultural que ella significa para el mundo español e iberoamericano. Hoy por hoy, al menos bajo este aspecto, creemos que es la mejor traducción española de la *República* de Platón. En otros aspectos habrá que conceder la palma a la traducción de la misma obra platónica efectuada pocos años antes por los eminentes filólogos madrileños Pavón y Fernández Galiano, pero en el que hemos considerado en estas líneas, opinamos que no.

NEMESIO GONZÁLEZ CAMINERO

*Platón. Los seis grandes temas de su filosofía*, de Antonio Gómez Robledo. Publicaciones de *Diánoia*. México, FCE, 1974.

Entre todos los trabajos filosóficos de Antonio Gómez Robledo el contenido en este libro es manifiestamente el más extenso y, por otra parte, sin duda, el